

Las generaciones del siglo XIX en España, según Pío Baroja. Sus disconformidades con Ramón y Cajal

The 19th century generations in Spain according to Dr. Baroja and his disagreements with Santiago Ramón y Cajal and the latter's medical friends

Miguel Ángel GARCÍA DE JUAN

Autoría:

Miguel Ángel García de Juan
Consejería de Educación, Juventud y Deporte,
Comunidad de Madrid, España
somi.85@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-4080-4893>

Citación:

GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel (2024). «Las generaciones del siglo XIX en España, según Pío Baroja. Sus disconformidades con Ramón y Cajal», *Anales de Literatura Española* (41), pp. 59-80. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.26602>

Fecha de recepción: 13/12/2023

Fecha de aceptación: 15/01/2024

El autor declara que no hay conflictos de intereses.

© 2024 Miguel Ángel García de Juan

Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Resumen

En la primera parte de este artículo se recuerda la división de generaciones en el siglo XIX por parte de Pío Baroja y se adelantan sus discrepancias respecto a la anterior a la suya, o sea, la de 1840. La desestimación de esta por la propia, la de 1870, en cuanto a lo cultural, científico, político, etc., se verá reflejada sobre todo en sus desacuerdos con los amigos médicos de Santiago Ramón y Cajal, y especialmente, con él. Esta cuestión se desarrollará ampliamente en la segunda parte del artículo. Por lo que se refiere al apéndice final, tres de sus cuatro apartados son escritos aparecidos en la prensa durante los años 1951 y 1952 que no se habían recuperado hasta ahora.

Palabras clave: Generaciones del siglo XIX; discrepancias generacionales; Pío Baroja; Santiago Ramón y Cajal.

Abstract

The first part of this research recalls the generational divergence in the 19th century by Pío Baroja and his disagreements are brought forward regarding the generation before his, i.e. that of 1840. The dismissal of this one by that of his own, that of 1870, in terms of culture, science, politics, etc., will be seen reflected above all on his divergences with the medical Santiago Ramón y Cajal's friends, and specially

with him. This matter will be thoroughly expounded in the second part of the paper. As the «appendix» regards at the end, three of its four sections are writings published in the press in 1951 and 1952 which had remained forgotten until now.

Keywords: 19th century generations; disagreements; Pío Baroja; Santiago Ramón y Cajal.

Introducción

Aparte las divergencias habituales esperables en cualquier generación respecto a la precedente, se expondrá aquí cómo el pesimista Pío Baroja no reconocía ningún mérito en la anterior a la suya, ya pertenecieran sus miembros al mundo humanístico, ya al científico... Por lo que atañe a su negativo juicio acerca de Santiago Ramón y Cajal, perteneciente a la generación de 1840, o próximo a ella, cabe decir que acaso no esté libre de ciertas trazas de celos por el éxito de sus investigaciones y su reconocimiento en el terreno científico, cultural y social.

Las tres generaciones del siglo XIX en España según Baroja

Declaramos desde el comienzo que no vamos a ocuparnos en este trabajo, sino muy marginalmente, del aspecto literario de la llamada Generación del 98, cuya existencia, como bien se sabe, puso en duda Baroja o negó pertenecer a ella¹.

Los estudiosos de las sucesiones de grupos de intelectuales en la historia europea coinciden en reconocer en Auguste Comte el inicio del interés por el concepto y seriación de generaciones. Según él, estas se van sucediendo cada treinta años (Comte, 1839: 639). Aun siendo crítico con ciertos postulados del positivismo francés, Pío Baroja aceptó la secuencia de grupos generacionales en el siglo XIX español cada tres décadas: 1840², 1870, 1900, la cual expuso en una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid el 7 de mayo. Pero detengámonos en la acuñación definitiva de la expresión «Generación del 98», referida a un grupo de literatos, en la que Baroja se negó siempre a estar y ser inscrito.

-
1. Luis S. Granjel realiza un recorrido sobre quienes han dedicado trabajos a estudiar la generación literaria bautizada con el año de la pérdida de los últimos territorios españoles en ultramar (1973: 39-68). Después de Granjel, se han interesado por ella, Mariás (1975), libro en que recoge artículos publicados en la década de los sesenta y setenta; Shaw (1985); Calvo Carilla (1998).
 2. Baroja tomó como punto de partida de división de las generaciones españolas del XIX el final de la Primera guerra carlista, 1933-1940, (1998₆: 15).

En febrero de 1913, Azorín publicó en ABC los días 10, 13, 15 y 18, cuatro artículos con el título «La Generación de 1898»³. El último de la serie concreta las particularidades de este grupo de escritores: influencia de Nietzsche, de Teófilo Gautier y Verlaine; amor a los pueblos y a los paisajes; estima de los clásicos españoles (Berceo, Juan Ruiz, Santillana y Góngora); y admiración por Larra. Esta era la relación de autores del 98 que establecía Azorín: Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu y Rubén Darío. Es evidente que Pío Baroja tenía que discrepar de Martínez Ruiz en cuanto a la devoción por Góngora y por el parnasiano Teófilo Gautier. Además, no debía agradecerle verse acompañado por Valle-Inclán y Rubén Darío.

El asunto de las generaciones, y en concreto el de la del 98, ocupó durante la segunda y la tercera década del siglo XX muchas páginas de periódicos; frecuentemente, para coincidir con la opinión de Azorín, pero también para criticarla y censurar a sus miembros. El propio escritor alicantino publicaba en *La Esfera* del 25 de abril de 1914 «La Generación de 1898», donde insistía en su existencia y aducía sus méritos. Por otra parte, registraba una frase de Luis Ruiz Contreras, fundador de *Revista Nueva*, «en la que todos escribíamos», que decía así: «A Baroja lo descubrí yo. Yo hice que Baroja escribiera; sin mí, a estas horas, no sería más que un triste panadero», juicio que enfadaría enormemente al autor vasco y que recordaría airado durante toda su vida. En consecuencia, el novelista vasco se desligó siempre de aquel grupo que según Martínez Ruiz giraba en torno a Ruiz Contreras, «el patriarca, el organizador de las huestes del 98».

El 25 de febrero de 1917, Roberto Castrovido publicaba en la página primera de *El Pueblo. Diario republicano de Valencia* «La revisión de valores... y la Generación del 98». Si bien le atribuía ciertas exageraciones en sus comienzos, admitía las virtudes del grupo, coincidiendo en gran medida con Azorín: «Reconozcamos la buena fe con que la entusiasta y meritoria generación de 1898 se preocupó de revisar los valores políticos y literarios, científicos y artísticos».

En contraposición con Castrovido, escribía Álvaro de Albornoz en la portada de *El Mundo* del día 4 del mes siguiente «La Generación del 98. Los valores destruidos». En este artículo reprochaba a sus componentes minusvalorar el siglo XIX, cuando «literariamente considerado es uno de los períodos más fértiles de nuestra historia» y, políticamente, «de una emoción y un interés

3. Un sustancioso examen de este troceado ensayo de José Martínez Ruiz lo llevó a cabo Celma Valero (1995: 47-54).

insuperables». He aquí su conclusión: «El resultado de esta obra de negación y de pesimismo lo estamos tocando ahora».

Andanadas como esta contra los del 98 irían confirmando a Baroja en su desvinculación de la generación bautizada con esa fecha. En efecto, el escritor vasco aseveraba en *Juventud, egolatria* (1917), que, entre 1898 y 1900, la casualidad reunió en Madrid a un grupo de aprendices de literato cuyo único denominador común era «pensar que el reciente pasado no existía para ellos». Pero «como nosotros no tenemos ni podíamos tener una obra común que realizar, nos fuimos pronto dividiendo en pequeños grupos, y concluimos por disolvernó» (1985 [1917]: 125-126)⁴. Y, en cuanto a sus primeras armas en el mundo de las letras, recordaba en este primer libro autobiográfico a Ruiz Contreras, al que dedicaba varias implacables páginas bajo el título «Un pseudoprotector». Decía en ellas que, antes de que este le hubiera contratado para escribir en *Revista Nueva*, «yo había escrito artículos en *El Liberal*, en *El País*, en *El Globo*, en *La Justicia*, en *La Voz de Guipúzcoa* y en otros periódicos».

Si pasamos a la década de 1920, encontramos que desde el principio arrecian las críticas a la Generación del 98. Así, M. Arconada (César Muñoz Arconada) publicaba en la página inicial de *El Diario Palentino* del 2 de diciembre de 1922 «Artículo de desvaloración». A su juicio, los componentes de la reiterada generación aportaron al principio renovación social y cultural, pero, pasados veinte años, son «de una ancianidad descorazonadora». No obstante, la parte principal de su crítica no atañía a la generación para él periclitada, sino a los que aún la veneraban: «Los jóvenes adoradores que no ven esa vejez, porque creen aún en el concepto de la eternidad del arte, están prolongando el 98, están haciéndolo de hoy, de ahora mismo, como si desde entonces no hubieran pasado veinte años y pico. ¡Veinte años de estos años en que todo ha llegado y se ha marchado cinemáticamente, con acelerador!». Y terminaba: «Por todos los conceptos hay que apartarse de la generación del 98, para formar otra con nombres más actuales y más nuevos, pero sin grupos, sin uniones, con independencia y con libertades».

En octubre de 1923 sobresale el artículo de la revista *España* «¡Todavía el 98!» de Manuel Azaña. Este era su significativo comienzo: «Opina el señor Maeztu que ahora triunfan en España las ideas de la generación del 98. ¿Las ideas? No lo entendemos [...] Si algo significan en grupo [...] débase a que

4. La lectura de las obras de Pío Baroja la hemos realizado siguiendo a Caro Raggio, siempre que estuvieran publicadas por esta editorial en su estampación conmemorativa del centenario del nacimiento del escritor vasco. Cuando no se hubieran publicado por Caro Raggio, hemos acudido a la última edición de *Obras completas* por el Círculo de Lectores (1997-2000).

intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España. En el fondo no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias». Y continuaba: «[Esta generación] innovó, transformó los valores literarios. Esa es su obra. Todo lo demás es lo mismo que ella se encontró. Su opción crítica, que no tenía mucha consistencia, no ha prosperado»⁵.

Frente a tales reproches, Pío Baroja declaraba en una conferencia impartida en La Sorbona, en marzo de 1924:

Yo no creo que haya habido ni que haya una generación del 98. Si la hay, yo no pertenezco a ella [...] Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los gobiernos de aquel tiempo, ni de los que los han sucedido. La verdadera gente del 98 fueron Sagasta, Montero Ríos, Moret, Maura, Romanones, García Prieto y los escritores Galdós, Castelar, Echegaray, Valera, Núñez de Arce, Letamendi, el doctor Simarro, el pintor Pradilla, los dramaturgos Selles y Cano, los actores Calvo y Vico, y hasta los toreros Lagartijo Frascuelo... Nosotros no [...] Ni por tendencias políticas o literarias, ni por concepto de la vida y del arte, ni aun si quiera por la edad, hubo entre nosotros carácter de grupo. La única cosa en común fue la protesta contra los políticos y los literatos de la Restauración. [...] La llamada generación del 98 tiene más carácter de invento que de hecho real (1998,; 855-856).

El 7 de mayo de 1926, volvería Pío Baroja sobre esta cuestión en otra conferencia; ahora en la Casa del Pueblo de Madrid. Lleva por título «Tres generaciones» y secuencia las del siglo XIX español, siguiendo el criterio generacional de Auguste Comte que hemos adelantado, en torno a tres fechas: 1840, 1870 y 1900. Aquí nos fijaremos solo en lo que dice Baroja sobre la primera, o sea, acerca de la anterior a la que él se adscribía, la de 1870. Es habitual el espíritu crítico de una generación respecto a la precedente, pero en el caso de Pío Baroja los reproches son implacables. A esta pertenecían sus profesores de medicina de la Universidad Central y también, el próximo a la del 40, Santiago Ramón y Cajal, compañero, amigo y elogiador de aquellos docentes e investigadores. Según Baroja: «Esta generación de 1840 es retórica, petulante, superficial, muy convencida de su valor. Sus conocimientos son escasos. Estos hombres no saben nada bien; han estudiado de prisa. [...] La generación de 1840 produce una gran cosecha de oradores, políticos, periodistas, ingenieros, que no son ingenieros más que de nombre» (1998,; 15). A continuación, pasa revista a esta generación atendiendo a distintos temas: «La moral», «Los políticos», «Los abogados»... Al llegar a «El aparato», afirma que el doctor José Letamendi «se creía un Hipócrates». En el de «El nepotismo» señala: «Nunca ha llegado tan lejos el nepotismo. [...] Este nepotismo trascendía no sólo a la política,

5. *España*, 20 de octubre 1923: 1-2.

sino a los demás órdenes de la vida. Si Montero Ríos y sus congéneres habían colocado cuidadosamente en las buenas sinecuras a sus hijos, yerno y amigos, un catedrático de San Carlos, como Julián Calleja⁶ *hacia profesores con sus protegidos favoritos, aunque fueran unos zotes* [la cursiva es nuestra]» (1998_b: 22). Finalmente, en el penúltimo apartado de la conferencia formula un «Balance de esta generación» en el que no se registra nada digno de reconocimiento:

El balance de esta generación, al parecer en su tiempo tan brillante, visto a través de los años, es de una miseria y de una gran pobreza. Una revolución de palabrería infecunda, una guerra civil mezquina, sin grandeza; un ensayo de Republica ridículo y una serie de sargentadas.

En literatura, muy poco: los libros de Castelar, hechos de encargo, la mayoría sin ningún valor; los ensayos de Cánovas, aún más mediocres y ramplones; los versos prosaicos de Campoamor, los antipoéticos de Núñez de Arce y los dramas de Echegaray, con cierta vena dramática, pero llenos de absurdos y disparates⁷.

En ciencia, poco o nada: las vulgarizaciones de Echegaray, las mixtificaciones de Letamendi y toda esa palabrería engolada que llaman jurisprudencia y que es el puente de los asnos, de los abogados elocuentes y campanudos. En toda esta obra ramplona de época, se destacan los trabajos de Menéndez y Pelayo, obra sólida, aunque sin ninguna grandeza ni ninguna amplitud de espíritu, y el tipo puro de lírico de Bécquer. En medio de toda la predicación de la época, desde los párrafos brillantes de Castelar hasta la palabrería aparatosa de Costa, no hay nada sencillo, no hay nada humano.

En la época de esta generación, todo el tono de la vida española baja: el valor, las ciencias, las artes, las industrias, el saber, el traducir se considera algo extraordinario⁸.

Crítica de las amistades médicas del doctor Ramón y Cajal y del propio don Santiago por el también doctor en medicina y escritor Pío Baroja

Perteneciente don Santiago o cercano a la generación llamada por Baroja de 1940, lo cierto es que Ramón y Cajal simpatizaba con muchas personas, sobre

6. Muy elogiado, como se verá luego, por Ramón y Cajal.

7. Atendiendo al poco o nulo interés que suscitaron en él desde el punto de vista literario, cabe citar (indicamos el año de nacimiento entre paréntesis) a Pedro Antonio de Alarcón (1933), Benito Pérez Galdós (1943), Emilia Pardo Bazán (1951), Leopoldo Alas (1952), Armando Palacio Valdés (1953). Ver García de Juan (1997: 133-144). Por su parte, Fuster trata del esfuerzo de Baroja por despegarse de los escritores anteriores: «Galdós, Valera, Pardo Bazán, Alarcón, Palacio Valdés, etc.» (2014: 71-77).

8. Leído lo anterior Baroja parece formar parte del tipo de generaciones que, en opinión de Ortega y Gasset, no tratan de «conservar y acumular sino de derrumbar y destruir», de tal forma que «los viejos quedan barridos por los mozos» (1923: 24-25).

todo médicos de aquella promoción, lo cual le condujo a juzgar al doctor navarro desde una postura siempre crítica.

Según Julio Caro Baroja, las hostilidades comenzaron porque el médico navarro «había escrito unas líneas violentísimas contra mi tío que el hijo de un discípulo suyo [...], Fernando de Castro, tuvo la idea de publicar, para que las usaran los críticos literarios de cierta vitola» (1986: 363)⁹.

Don Santiago publicó en 1899 *Reglas y consejos sobre investigación biológica*. Un escrito que, sin duda, leyó Pío Baroja, pues aquel había sido miembro de su tribunal de tesis doctoral tres años antes. En la citada obra, su autor estimula a la «juventud estudiosa» a cumplir con el deber de ampliar sus conocimientos y mejorar así la vida de los demás, y anima a estos jóvenes a no desfallecer, pues la patria confía en ellos (Ramón y Cajal, 1899: 119-122).

Estos estímulos no debieron de agradar demasiado a Baroja, pues en *Juventud, egolatría* (1917) escribía: «En un libro de consejos a los investigadores de Ramón y Cajal, libro de una tartufería desagradable, este histólogo, que como pensador siempre ha sido de una mediocridad absoluta, habla de cómo debe ser el joven sabio, lo mismo que la Constitución de 1812 hablaba de cómo debía ser el ciudadano español» (1985 [1917]: 35-36).

El médico e investigador navarro había dado a la estampa bastantes meses antes del citado *Juventud, egolatría*, primer libro autobiográfico de Baroja, *Recuerdos de mi vida, T. II. Historia de mi labor científica*¹⁰. Allí trata de su estrecha amistad con José Letamendi, en cinco páginas plagadas de grandes elogios. He aquí uno:

Platicando resultaba infatigable. Su palabra surgía espontánea, vistosa e irrisada, cual surtidor en fontana. Eran aguas profundas y, por tanto, límpidas y calientes; límpidas por lo impecable de la forma, calientes por la emoción que les comunicaba. Todos le oíamos embelesados, sin osar la irreverencia de convertir en diálogo el monólogo. ¿Cómo interrumpir o desviar, con un comentario vulgar o inoportuno, aquella catarata de imágenes brillantes, de frases agudas, de pensamientos originalísimos? (Ramón y Cajal, 1917: 226)¹¹.

9. Aunque hemos intentado localizar las aludidas palabras del hijo del doctor Fernando de Castro, no hemos conseguido satisfacer nuestro propósito. De cualquier manera, lo que dice el sobrino de don Pío no es verosímil, pues, cuando este reprocha a Ramón y Cajal «tartufismo», como veremos en *Juventud egolatría*, es el año 1917, y el único hijo del doctor Castro nació en 1927.

10. La primera referencia en la prensa apareció el 3 de abril 1917, en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*.

11. A pesar de su interés, dejamos de lado, por tratarse de una obra de creación, de ficción, el despiadado relato que había hecho el narrador de *El árbol de ciencia* en el capítulo VIII de la primera parte de esta novela publicada en 1911. Es que, además, lo repetiría Baroja como relato real en *Familia, infancia y juventud*, 1944, libro de memorias, en el

Frente a alabanzas como esta de don Santiago, Baroja señalaba en *Juventud, egolatría* que sus profesores de la Facultad de Medicina fueron poco o nada competentes, y, en concreto, manifestaba sobre José Letamendi: «Uno que se creía un pedagogo y un personaje genial era Letamendi. En el libro [...] *El árbol de la ciencia* he dicho, lo que me parecía tal profesor, que tenía cierto talento de orador y de literato. Se expresaba oralmente en estilo «rococó». Peroraba sobre la pintura con un «criterio absurdo». A Letamendi le pasaba como a los hombres célebres de entonces: Castelar, Echegaray, Valera; habían leído y tenían memoria, pero «no habían aprendido nada» (1985 [1917]: 111).

Si hasta 1917 Baroja sólo se había referido al doctor Letamendi Manjarrés, años después iría ampliando la nómina de profesores lamentables, aunque con alguna mínima excepción. Por ejemplo, en el artículo «Los profesores españoles» publicado el 27 de marzo de 1931 en el diario *Ahora*, dividía a los catedráticos de Medicina en dos grupos: los de la «bilis hipercloridria» y los de «cartón y cemento armado». Entre los primeros se hallaba el de terapéutica, don Benito Hernando, «arbitrario, caprichoso insoportable». Estaba poseído por la manía a los vascos y, por eso, se produjo en una ocasión, en clase, entre él y el estudiante Baroja un desagradable choque¹². Entre los segundos, vuelve a fijarse en el catedrático de Patología General:

Letamendi era un audaz y un desaprensivo; tenía el tupé de decir que la medicina de Hipócrates, como el río Guadiana, había desaparecido en la historia para reaparecer con él. ¡Hipócrates y Letamendi! Era mucha broma. El uno, todo observación y sencillez; el otro, todo palabrería y fuegos artificiales.

Letamendi-Hipócrates nos relataba una serie de anécdotas en que intervenían sus amigos y él. [...] De la obra de Letamendi-Hipócrates ha quedado poco; yo, Para mí, creo que no ha quedado nada. Todo era bluff, retórica y palabrería. Era una autoridad de cartón o, más bien, de cemento armado.

El 2 de mayo de 1933, Baroja pronunció una conferencia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid titulada «El tema sexual en la literatura», la cual recogió en el libro recopilatorio *Rapsodias* (1936). En ella reprochaba a Ramón y Cajal recomendar al «joven sabio» un determinado tipo de mujer como «compañera de fatigas», pues, según el escritor donostiarra, resultaba muy difícil encontrar el modelo tan restringido de mujer que proponía don Santiago (Baroja, 1998_b:1299). A este debió de molestarle la alusión y reaccionó

que nos detendremos más adelante, incluso reproduciendo palabras y párrafos de *El árbol de la ciencia*.

12. La ojeriza a los vascos del doctor Hernando la vuelve a recordar su antiguo alumno en el discurso de ingreso en 1935 en la RAE «La formación psicológica de un escritor», Baroja (1998_b:1223).

mandando a Baroja varios libros suyos. Así lo recordaba el escritor donostiarra en *Familia, infancia y juventud*, 1944:

En 1932 –se equivocaba don Pío, porque fue en 1933– me pidieron algunos médicos que escribiera una conferencia sobre Eugenesia. La escribí, se leyó en San Carlos y en ella me refería, un poco en broma a una afirmación de Cajal acerca de cómo debía ser la mujer del joven sabio¹³.

Cajal recogió la alusión, me escribió una carta y me mandó tres libros suyos: uno que me desapareció en Madrid y dos que me quedan.

Los libros tienen dedicatorias.

En *Recuerdos de mi vida* dice: «Al enérgico y sabio escritor don Pío Baroja (el hombre malo de Itzea) dedica estos recuerdos el travieso, pero infeliz y desaplicado muchacho de Ayerbe. –11 de enero de 1933» –tiene que tratarse de 1934, pues la nombrada conferencia de Baroja fue en mayo de 1933–, y en *Reglas y consejos sobre investigación científica*: «Al sincero e intrépido escritor don Pío Baroja, con afectuosa gratitud».

Yo leí *Recuerdos de mi vida*¹⁴ y le escribí diciéndole que no comprendía que, seriamente, pudiera elogiar a Letamendi, que era un retórico, un hombre aparatoso, de ingenio de Círculo de Ateneo, y del cual no había quedado absolutamente nada en la ciencia.

Cajal, en gran parte, era la antítesis de Letamendi.

A la carta mía Cajal contestó con otra carta, dándome las gracias por mis elogios acerca de él, pero esquivando hablar de Letamendi, como si no valiera la pena tratar del asunto.

Las dos cartas tuyas desaparecieron de mi casa en la calle Mendizábal, durante la guerra, con otras varias de personajes de algún nombre, que había coleccionado mi hermana (1982 [1944]: 266-267).

La respuesta del doctor navarro debió de espolear a Baroja a escribir sin reservas sobre él y sus amistades de profesión, con las que, salvo alguna excepción, se cebaba sin miramientos. Esto lo llevó a los volúmenes II y IV de sus memorias, pasados ya diez años de la muerte del premio Nobel de Medicina del año 1906.

En el aludido volumen II, *Familia, infancia y juventud* (1944), repetía como hechos reales los expuestos en bastantes líneas de la novela *El árbol de la ciencia*

13. La broma no se desprende de la lectura de la conferencia «El tema sexual en la literatura». La chanza, bastante molesta para Cajal, se hallaba en el artículo «El tema sexual», publicado cuatro meses antes, en enero, en la página quinta de *Ahora*, cuya referencia omite Baroja, posiblemente de forma consciente: «Cajal recomienda al joven sabio que tenga una casa soleada y que se case con una mujer fuerte, con *dentadura completa* (la cursiva es nuestra). Y uno se pregunta: ¿Y si no la encuentra? ¿Y si la encontrara y la mujer no hace caso al joven sabio? No parece que haya jóvenes sabios ni jóvenes ignorantes que, pudiendo elegir, elijan deliberadamente la casa mala y sombría y la mujer débil con los dientes cariados, y no la casa buena y la mujer sana».

14. Nosotros pensamos que lo había leído antes, aunque lo hubiera hecho deprisa, pues ya se ha advertido que hay huellas de su conocimiento en *Juventud, egolatria*.

y lo dicho en «Los profesores españoles» (1982: 252-261). Ahora, parece estar leyendo detenidamente lo escrito por Santiago Ramón y Cajal a partir de la página 219 de *Recuerdos de mi vida, tomo II. Historia de mi labor científica* (1917), en donde afirmaba: «Yo tuve la fortuna de encontrar y cultivar en la corte algunas valiosas amistades¹⁵. Prescindiendo, por ahora de los camaradas ajenos al gremio docente [...], citaré a Olóriz, Hernando, San Martín, Gómez Ocaña, García de la Cruz, etc.»¹⁶

En esta lista falta el también compañero de don Santiago, Julián Calleja, pero es el primero del que empieza a ocuparse Cajal en su citado libro.

A don Julián (1936) le adornaban sus virtudes frente a los defectos. Estos se concretaban en su vinculación con la política y su caciquismo en la universidad; aquellas en el aprovechamiento de su puesto político, senador desde 1881 hasta su muerte, para mejorar las instalaciones de la Facultad de Medicina, dotarla de recursos y crear nuevas cátedras. Cajal termina diciendo: «A todos consta que amó cosas tan santas como la ciencia y que, a causa de su pasión tan hermosa, debemos perdonárselo todo» (1917: 221).

Por su parte Baroja lo dibujaba en *Familia, infancia y juventud* de esta manera: «Don Julián Calleja, más que profesor era un político y un cacique. Con sus formas almibaradas, mangoneaba en la facultad y era como nadie un cultivador del despotismo y del nepotismo¹⁷. Con Calleja, el hijo de familia distinguida e influyente podía estar seguro de que salía bien en los exámenes, aunque supiera poco o nada» (1982 [1944]: 262-263).

En cuanto a Federico Olóriz (1855), con quien veraneaba Cajal en Miraflores de la Sierra (Cánovas Sánchez, 2021: 203), médico que tenía una vocación «irresistible» por la medicina, afirma don Santiago. Era un profesor concienzudo, gran docente y destacado orador. Se mostraba siempre modesto, alejado de la popularidad. Como examinador era exigente y severo, pero justo. Con todo, el doctor Olóriz no fue reconocido con arreglo a sus méritos (Ramón Cajal, 1917: 221-224).

Sin embargo, para Pío Baroja este catedrático de Anatomía era un hombre que sabía mucho y de aptitudes científicas, pero también «un tipo malhumorado y de malas intenciones» (1982 [1944]: 263)¹⁸. Otro catedrático con el que

15. Ramón y Cajal había llegado a Madrid a desempeñar la cátedra de Histología y Anatomía Patológica en 1892, Cánovas Sánchez (2021: 141).

16. López Piñero lleva a cabo un afable recorrido profesional por estos y otros compañeros de Ramón y Cajal (2006: 279-285).

17. Recordemos que ya en *Juventud, egolatría* se había referido al nepotismo de este profesor.

18. El mismo Baroja (1983 [1947]:347) le dedicaba una página en la que, sin negarle méritos académicos, decía que era «áspero» y «brusco», que vivía en Madrid en el mismo portal que él, y veía que, cuando se encontraba con alguien en la escalera, no lo saludaba.

don Santiago tuvo frecuente trato en Madrid fue el de Terapéutica, don Benito Hernando (1846). Le ornaban la modestia y la austeridad, el desinterés por los honores y el afecto con los amigos. Científico católico era tan asiduo a las iglesias como a los laboratorios:

Conmigo y mi familia se portó con una generosidad y abnegación que jamás agradeceré bastante. Recién llegados a Madrid, me ofreció espontáneamente sus buenos oficios. Deshízose cerca de otras personas en elogios de mis modestos méritos. Presentome a varios personajes del mundo literario y artístico, entre ellos, al sabio don Fecundo Riaño, de cuyo trato conservo imborrables recuerdos [...]; en fin, vino a ser, para mí el amigo asiduo ya constante, más aún, el consejero íntimo (Ramón y Cajal, 1917: 225-226).

He aquí el bien distinto criterio de Pío Baroja:

Profesores malhumorados conocí a bastantes. Uno, a quien tuve que aguantar durante todo un curso, fue don Benito Hernando. Don Benito, profesor de Terapéutica era un hombre arbitrario, caprichoso e insoportable, tan pronto tenía familiaridades absurdas con los alumnos como se engallaba sin motivo. Sentía aversión por las personas, y lo que es más raro, por las medicinas (1982 [1944]: 256-257).

Y, páginas después, continuaba:

Don Benito Hernando, profesor de Terapéutica, yo creo que era un loco. Como era cetrino, moreno y flaco creía que todo lo que no fuera como él estaba engañando al mundo; hablaba con cierta efusión escolar de la batalla de las Navas de Tolosa, de Cristóbal Colón, del Gran Capitán, de esos tópicos de primera enseñanza, y como veía, sin duda, por mi expresión, que a mí todo eso no interesaba poco, me tomó antipatía (1982 [1944]: 263-264).

Esta ojeriza obligó al estudiante de medicina Baroja a trasladar su expediente académico a Valencia, pero el causante de ello no solo fue el doctor Hernando, sino también el catedrático José Letamendi (1828), el que peor parado salió, desde muy pronto, en los juicios de Pío Baroja.

Por el contrario, Ramón y Cajal se deshizo en elogios de este catedrático de Patología, al que, como se ha visto, consideraba un conversador ameno y brillante y de grandes dotes de humor. Su saber era casi «universal», así lo testimoniaban sus libros y sus discursos en el Ateneo. Si hubiera publicado sus meditaciones filosóficas, «¡Quién sabe si la filosofía española, tan servil y modesta, que vivió siempre de prestado, marchando a remolque del extranjero, habría tenido, al fin, un Kant o Herber Spencer! Porque, en mi sentir, Letamendi era, ante todo y sobre todo, un pensador» (1917: 227-228).

A estas alabanzas sin cuento, respondió Baroja repitiendo lo dicho en «Los profesores españoles», del conocido artículo de 1931, o sea, que Letamendi era

un hombre de cierto talento literario, pero nada de hombre de ciencia. En San Carlos se le consideraba un genio. Sin embargo, sus exposiciones eran abstrusas, entre lo filosófico y lo literario. A pesar de ello, él se tenía por un pedagogo genial. «Su palabrería produjo en mí un deseo de asomarme al mundo de la filosofía, y con este objeto, compré, en una edición económica, los libros de Kant, de Fichte y de Schopenhauer» (1982 [1944]: 255). Y remachaba: «Por la cuestión del valor científico de Letamendi, estuve yo a punto de establecer una discusión privada con Ramón y Cajal, que él no aceptó» (1982 [1944]: 266). El escritor vasco no se sacudió el Fantasma de José Letamendi, pues, todavía el 12 de enero de 1950 apareció en el diario *Informaciones* «El doctor Letamendi» muy crítico con él y cuyo hipotexto se hallaba en *El árbol de la ciencia*, «Los profesores españoles» y *Familia infancia y juventud*.

No todo fueron discrepancias entre los doctores Baroja y Ramón y Cajal al valorar a los profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, pues, al juzgar al catedrático de Patología Quirúrgica Alejandro San Martín (1847), declaraba don Santiago: «Con [este] cirujano me unieron estrechos lazos de afecto y de grata intimidad». Le apreciaba culto, simpático y extraordinariamente educado. Fue un gran profesor y un magnífico investigador, como lo probaban sus obras: monografías, folletos, libros de texto, etc. Y concluía:

Por sus aptitudes para la política [figuraba en el partido liberal acaudillado por Moret] y su excelente preparación en materia pedagógica, Alejandro San Martín alcanzó la cartera de ministro de Instrucción Pública [...] Si la inestabilidad ministerial no fuera régimen normal en nuestra política, por seguro tengo que nuestro amigo habría desarrollado importantes iniciativas en materias docentes y corregido inveterados abusos (1917: 233-234).

Manifestaba Baroja que no fue profesor suyo y que lo conoció después. Lo elogiaba así: «Tenía un carácter judío de los buenos [...] San Martín era un hombre afectuoso y condescendiente, que se esforzaba por ser un buen profesor y lo conseguía. No le preocupaba sólo la medicina, sino que también le gustaban la literatura y la música» (1982 [1844]: 264). Don Pío le recordaba con afecto al evocar su presencia en el tribunal que juzgó su tesis doctoral, pues a una pregunta de don Alejandro, respondió Baroja con cierto humor. Aquel «se rio [...] y me fui con el título de doctor» (1982 [1944]: 321).

El médico y escritor vasco sintetizaba todo lo aseverado sobre sus profesores de Medicina en la página 264 del libro que venimos citando, *Familia, infancia y juventud*: «Entre tipos de Jabalí como Olóriz, locos como don Benito Hernando, farsantes como Letamendi y cucos almibarados como Calleja, San Martín se distinguía como un profesor sabio y como un hombre amable».

Las discrepancias con Ramón y Cajal respecto a los nombrados profesores de Medicina, con la excepción de San Martín, y la elusión por parte de aquel de un contraste de pareceres sobre Letamendi condujeron a Baroja a continuar agudizando sus desacuerdos con el premio Nobel de Fisiología y Medicina español. Así, en el cuarto volumen de sus memorias, *Galería de tipos de la época* (1947), apartado VI de la quinta parte «Algunos hombres de Ciencia», dejó escrito: «Lo teórico de Ramón y Cajal en fisiología y en literatura no pasa de corriente», pero añadía alabanzas en lo tocante a Histología. Con todo, volvía a los juicios negativos: «Cajal, como filósofo de la medicina, no era cosa mayor. Sus ideas científicas no creo que fueran de gran envergadura» (1983 [1947]: 329); a lo que añadía:

Le vi a Cajal de cerca dos veces. Una cuando leí la Memoria del Doctorado. Él estaba en el tribunal. No me hizo ninguna pregunta ni observación. La otra vez, le vi en un café de la calle del Prado, en una época en que yo iba con alguna frecuencia al Ateneo. Cajal parece que estaba allí de conquista, con una rubia gorda, y al vernos a nosotros se levantó y se fue.

Cajal tenía mucha política, a pesar de su aire huraño y desabrido.

No se podía pensar que él, entusiasta de la experimentación creyera en el valor científico de Letamendi y de Calleja, que eran, más que nada oradores, pero, sin embargo, habló de ellos y de otros con gran elogio (1983 [1947]: 330).

A continuación, don Pío lleva a cabo un muy somero repaso por la biografía del histólogo y su carrera profesional y de investigador, para insistir después en su carácter hosco y huraño: «A Unamuno no le tenía simpatía y decía que había fracasado en la filosofía y no era más que un aficionado». A lo que añadía Baroja: «Unamuno, a su vez, de una manera parecida, tenía muy poca simpatía por Ramón y Cajal. [...] –No sé lo que ha hecho en histología –decía de este–, pero en lo demás no dice más que vulgaridades» (1983 [1947]: 333). Y concluía: «Cajal debía de tener cierta preocupación erótica todavía en la vejez, porque se le veía en los paseos mirando a las mujeres con mucha curiosidad, y escribió un cuento donde se notaba la libido» (1983 [1947]: 335).

Entre 1948 y 1955 el escritor donostiarra alumbró cerca de doscientas colaboraciones en los medios españoles¹⁹. Entre las que aparecieron en *Informaciones*, se encontró la de la sexta página del 23 de febrero de 1951 titulada «Hombres de ciencia. Ramón y Cajal». ¿Fue publicada intencionalmente porque se estaban preparando para el año siguiente homenajes al premio Nobel español al cumplirse el centenario de su nacimiento? No nos atrevemos a asegurarlo, pero lo cierto es que su presencia en el citado rotativo no parece muy oportuna.

19. Sobre el modo en que se produjeron estas colaboraciones, García de Juan (2023).

Se trataba de un tercio aproximado, con algunos párrafos modificados, del mencionado antes apartado VI de la quinta parte de *Galería de tipos de la época*. Reproduciremos este artículo en el número I del apéndice de este trabajo.

Contra el artículo y su autor reaccionaron los hijos de don Santiago, enviando al mismo *Informaciones* una carta que este periódico publicó en la sexta página del 8 de marzo siguiente. El diario la encabezó con el rótulo «Comentarios a un artículo. La familia de Ramón y Cajal responde a don Pío Baroja». Rescatamos este texto olvidado en las páginas del diario madrileño con el número II del aludido apéndice.

Llama la atención que desde que se editara *Galería de tipos de la época* en 1947 hasta ahora, 1951, los descendientes de don Santiago no hubieran protestado por lo que decía allí el escritor vasco, incluida alguna opinión sobre su libido que se omitía en el artículo. Eso hubiera sido merecedor ya de una contundente respuesta. ¿No lo habían leído? ¿Creyeron que al encontrarse escrito en un libro sólo sería conocido por incondicionales seguidores de Baroja?²⁰

Los hijos del médico navarro consideraron insuficiente la carta de réplica a Baroja y, pasado un tiempo, mandaron a *Índice de Artes y Letras* una dura misiva dirigida a este por su padre, en la que le acusaba de no saber leer, de escribir noveluchas y ser un mal español, pero que no se la había enviado. La revista la publicó en mayo de 1952. Al no haber podido localizar el correspondiente número, la copiamos, aunque sea conocida, como número III de nuestro apéndice, a partir de su copia en el diario *Pueblo*, en la página sexta del 24 de mayo de ese año.

Don Santiago pudo escribirla, profundamente enfadado, al final de su vida. No obstante, parece más probable que, aunque la hubiera tenido guardada durante diecisiete años, o sea, hasta su muerte, la escribiera a finales de 1917, cuando leyó *Juventud, egolatria*. Lo suponemos porque en la misiva hay huellas de este libro autobiográfico de Baroja. En efecto, en las páginas trigésimo quinta y siguiente el autor vasco se refiere al «tartufismo» de Ramón y Cajal; en la 77 trata de Juan Jacobo Rousseau; de la 86 a la 88 escribe sobre Plutarco, Diógenes Laercio, Tácito y Suetonio; y entre la 112 y 113 expone la causa de

20. Las alusiones a su padre no habían aparecido en *Semana*, donde Pío Baroja venía publicando sus memorias. Las entregas del escritor, que habían comenzado en octubre de 1942, concluyeron en noviembre del año siguiente. Tales colaboraciones pasaron a formar parte del volumen primero y hasta la mitad del segundo. Las alusiones a Ramón y Cajal aparecen en la segunda mitad de *Familia, infancia y juventud*, 1944, o sea, no salieron a la luz en la revista madrileña. Sobre esta cuestión del comienzo de publicar Baroja sus memorias en *Semana* y sus avatares hasta la mitad del segundo volumen (Ara Torralba, 2002).

haber quedado exento de cumplir el servicio militar. Todo ello resuena en la inmisericorde carta dirigida, pero no remitida, a Baroja.

Ante la enérgica actitud mostrada por los descendientes del médico navarro en el tercer mes de 1951 y el quinto de 1952, el diario *Informaciones* propuso a don Pío insertar en sus páginas una respuesta, pero la rechazó. La negativa la recogía el ejemplar del 29 de mayo de 1952 en su página primera. La rescatamos del olvido en el apartado IV del apéndice.

Así concluyeron las prolongadas y explícitas discrepancias de Pío Baroja con Ramón y Cajal, miembro de una generación bastante anterior a la suya, la de 1870, según el escritor vasco. Desacuerdos con don Santiago en cuanto a su personalidad (admirador de Joaquín Costa, asiduo del Ateneo, masón, simpatizante con la Institución Libre de Enseñanza), su inclinación a las humanidades y los elogios a sus amigos médicos.

Conclusión

Es casi una ley física que los jóvenes revisen e, incluso, se opongan a la concepción del mundo, el modo de vida, las aspiraciones... de sus mayores. Esto sucede desde un punto de vista individual y generacional. Tal actitud se produjo entre las tres generaciones que estableció Pío Baroja en la España del siglo XIX: la de 1840; la de 1870, en la que se incluyó él, negando la existencia de la de 1898; y la de 1900.

El escritor vasco dejó escrito en «Tres generaciones» que la del 70 «fue una generación más consciente que la anterior y más digna; pretendió conocer lo que era España, lo que era Europa, y pretendió sanear el país. Si el intento hubiera podido unir un comienzo de realización, hubiera sido de esas generaciones salvadoras de una patria. [...] Los tipos de esta generación fueron escritores, ensayistas, místicos y cultivadores de alguna especialidad histórica y científica».

Su disposición crítica le condujo a juzgar implacablemente a sus profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad Central y, aunque más moderadamente, a quien les había dedicado grandes elogios, el doctor Ramón y Cajal.

Si bien al premio Nobel de Fisiología y Medicina de 1906 le reconoció Baroja sus méritos científicos, discrepó de él sin reparos en sus libros autobiográficos en cuanto a sus escritos pedagógicos, filosóficos y literarios, y en sus artículos, uno de los cuales, por desconocido, recuperamos aquí en el apéndice. Este escrito del 23 de febrero de 1951, produjo una dura reacción por parte de los hijos de don Santiago, quienes enviaron una carta al periódico que había publicado el texto de Baroja. La recuperamos aquí del olvido. Pero los descendientes de Ramón y Cajal consideraron que su protesta no era suficiente

y sacaron a la luz una misiva contra Baroja que había escrito su padre, pero que no la había mandado. Aunque sea ya conocida, la rescatamos aquí como número III del apéndice, para que se comprendan mejor las últimas expresiones de las discrepancias de Baroja respecto a Ramón y Cajal y las reacciones de sus descendientes. Igualmente recobramos de la desmemoria con el número IV del apéndice la negativa de don Pío a responder a los hijos del prestigioso médico navarro.

APÉNDICE

I

(*Informaciones*, 23 de febrero de 1951, p. 6)

«Hombres de ciencia. Ramón y Cajal». Por Pío Baroja»

Es curioso que entre los médicos españoles no haya habido ningún fisiólogo de importancia. Parece que la vida en acción no les ha interesado. En cambio, modernamente ha habido histólogos. Es decir, gente a la que ha llamado la atención más lo estático que lo dinámico de la existencia.

En histología, los españoles se han distinguido. Los nombres de Cajal, Río Ortega y Achúcarro están citados con elogio en los libros de esa materia en todo el mundo.

De los tres, el más conocido e importante es Cajal.

Cajal, como filósofo de la Medicina, no era cosa mayor. Sus ideas científicas no creo que fueran de gran envergadura. Pero en cuestiones de investigación es el hombre de más importancia que ha tenido España.

Cajal parece que viene al mundo con un destino. Cincuenta años antes o cincuenta años después, probablemente no hubiera podido hacer lo que hizo.

Esto caracteriza a muchos hombres célebres.

Vi a Cajal de cerca dos veces. Una, cuando leí la memoria de doctorado en San Carlos. Él estaba en el tribunal. No me hizo ninguna pregunta ni observación. La otra vez le vi en un café de la calle del Prado, en una época en que yo fui con alguna frecuencia al Ateneo. Parece que estaba muy entretenido con una rubia gorda, y al vernos a nosotros se levantó bruscamente y se fue.

Don Santiago Ramón y Cajal había nacido en Petilla de Aragón, pueblo que oficialmente pertenece a la provincia de Navarra, pero que es aragonés. Entre aragoneses y navarros de la Ribera hay muy poca diferencia. Era hijo del médico del pueblo [*sic*].

De muchacho había sido insociable y desaplicado. Pero después, cuando su familia se estableció en Zaragoza, se hizo un buen estudiante y terminó la carrera fácilmente. Cuando le llegó el servicio militar, hizo oposiciones a

sanidad, las ganó y fue destinado a Cuba, donde cogió la fiebre amarilla. Luego se doctoró, y poco después comenzó sus trabajos histológicos y montó un pequeño laboratorio para sus experiencias. Hizo por dos veces oposiciones y fue derrotado [sic], hasta que ganó la cátedra de Anatomía de Valencia, donde con motivo del cólera de 1885, tuvo una polémica con el doctor Ferrán.

En 1888 comenzó a publicar sus observaciones personales. Pero, como sus Memorias no llamaban la atención, se decidió a ir a Alemania y se relacionó directamente con Koelliker, investigador suizo, investigador de la Universidad de Wutzburgo (Baviera). Cajal comenzó a abrirse camino, y en 1892 pasó a Madrid, donde vivió hasta su muerte. Fue en esta época madrileña cuando le llegaron los honores y los homenajes, siendo uno de los primeros la invitación que le hizo la Real Sociedad de Londres en 1894 para presentarse en ella. Luego, al mismo tiempo que el histólogo Golgi, le dieron el Premio Nobel en 1906. El método que empleó Ramón y Cajal en sus estudios histológicos parece que fue el mismo del profesor Golgi, que por entonces era rector de la Universidad de Pavía. Con este método encontró la «neurona», que es la célula nerviosa adulta con su núcleo, sus prolongaciones protoplasmáticas y el cilindro eje.

Al dar a conocer su descubrimiento, Waldeyer, anatómico e histólogo alemán, director del instituto de Berlín, llamó a la célula estudiada por Cajal la «neurona». Después Cajal y Golgi siguieron estudiando las neuronas, y, al parecer, no estaban muy conformes en la forma de relacionarse estas células con el resto del sistema nervioso.

La disidencia dio origen a la hostilidad. El Instituto Nobel dio el premio de Biología [sic] del año repartido entre los dos investigadores, y al parecer, al verse el italiano y el español en Estocolmo ni se saludaron ni se miraron con simpatía. Al menos, esto se dijo. Naturalmente, uno no lo ha podido comprobar. Ramón y Cajal parece que estaba más en lo cierto que Golgi en sus teorías del contacto de la neurona con el resto del sistema nervioso.

Dejando a un lado su labor científica de gran importancia, como hombre de ideas filosóficas no fue gran cosa.

Se puede ser un gran investigador y un generalizador mediano y, por el contrario, un investigador pobre y un gran teorizante.

Personalmente, Ramón y Cajal era un hombre hosco, de un aire huraño. Había en él algo de gran rabino. Sentía un localismo y una patriotería un poco absurda. Por mucho entusiasmo que un londinense tenga por su pueblo, no dirá que el Támesis es más caudaloso que el Mississippi: Ramón y Cajal escribía: «¡Los alrededores de Madrid! Menester es tener sentido cromático de oruga para echar de menos el verde mojado y uniforme de los países del Norte y menospreciar la poesía penetrante del gris, del amarillo del pardo y del azul».

El gusto del gris y del pardo es un gusto semítico de gentes del desierto. No sé si Cajal como maestro era bueno o no, pero los que estudiaron con él parece que guardan de su persona un buen recuerdo.

II

(*Informaciones*, 8 de marzo de 1951, p. 6)

«Comentarios a un artículo. La familia de Ramón y Cajal responde a don Pío Baroja»*

Madrid, 5 de marzo de 1951.

Señor don Francisco Lucientes.

Director del diario *Informaciones*.

San Roque, núm. 7.

Madrid.

Muy señor nuestro: En el periódico que tan acertadamente dirige, y número correspondiente al 23 de febrero próximo pasado, aparece, bajo el título «Hombres de ciencia» un artículo debido a la pluma de don Pío Baroja sobre la vida de nuestro padre. Dicho trabajo parece escrito con el deliberado propósito de empequeñecer su figura, no sólo por el tono despectivo empleado, sino también por las inexactitudes en él contenidas. Y como conocemos el hecho de ser la verdad informativa una norma tradicional de ese diario, es por lo que esperamos de su amabilidad se digne hacer pública la presente, al objeto de que queden las cosas en el lugar que les corresponde.

Para el señor Baroja, que afirma haber visto sólo dos veces en su vida a Cajal, este era un hombre hosco y huraño, «que tuvo la fiebre amarilla» y que «un día estaba en un café». Aparte de ello «descubrió la neurona», «parece ser» que estaba más en lo cierto, en la interpretación de ciertos contactos de las neuronas, que Golgi, con el que compartió el Premio Nobel.

Ya empieza el señor Baroja anunciando en su artículo que «no cree que las ideas científicas de Cajal fueran de gran envergadura», opinión esta bastante particular de un hombre que se dedica a la literatura.

Creemos sinceramente que no hay derecho ni razón alguna para que, bajo el título de «Hombres de ciencia», se ponga a la primera figura científica de España a merced de la pluma de un señor que, ignoramos por qué, siempre que se refiere a algún muerto ilustre ha de rebajarlo, si es preciso, hasta su mismo nivel.

De la labor científica de Cajal poco puede el señor Baroja opinar, a pesar de su título de doctor en Medicina, como puede fácilmente colegirse de la referencia que hace a sus trabajos, de los que, a no dudar, debe hallarse más

enterado cualquier estudiante de Medicina, por muy poco aventajado que el tal sea.

Porque un hombre que merced a su exclusivo esfuerzo consiguió los máximos honores a que en la vida puede aspirar aquel que de la ciencia hizo un sacerdocio, es merecedor de algún respeto. Un hombre –repetimos– que fue galardonado con cuantas recompensas fueron instituidas en todos los países para premiar los más altos trabajos científicos, que fue doctor «honoris causa» y miembro de casi todas las Academias del mundo, cuyo constante concurso y colaboración fue solicitado como un preciado honor por las autoridades más reconocidas de la ciencia mundial; un hombre, en fin, cuyo trato fue orgullo legítimo de aquellos a quienes les fue dispensado, merece y es más digno de ser tenido en cuenta a la hora de enjuiciarle, y no para servir de tema de un escritor que, por lo menos en esta ocasión, no se ha hallado a la altura de su nombre.

Sin otro particular, y con las gracias más expresivas, le saludan atentamente Luis Ramón y Cajal, F. Ramón y Cajal, Paula Ramón y Cajal, Pilar Ramón y Cajal.

III

(*Pueblo*, 24 de mayo de 1952, p. 10)

«Cajal contra Baroja»**

Usted no puede juzgarme porque no me ha leído

Es como juzgar a Sócrates por tocar la flauta o a Catón por haber de viejo aprendido griego.

Usted no ve el espíritu de los libros. Critica usted a Juan Jacobo sin fijarse en que su título de gloria no es el «Diccionario musical», ni el «Emilio», ni siquiera el «Contrato social» –peligroso y lleno de ineptias– sino «Julia», donde se revela un escritor admirable y de exquisita sensibilidad y con un sentimiento de la naturaleza que los románticos imitaron después.

Usted no ve que los libros de Plutarco tienen un sabor pedagógico (imitación de los héroes), mientras que Diógenes Laercio es un erudito ramplón de estilo y que sólo habló en sus testamentos en contra de las debilidades de los astrónomos. En realidad, para conocer a Epicuro hay que leer el poema de Lucrecio. En resumen, Laercio es oscuro y deshilvanado. Tampoco ha comprendido usted a Tácito, ni a Suetonio.

Llama usted tartufismo a exponer reglas y consejos para la juventud, que han merecido aplauso (siete ediciones), y hacerlo como era razón, en estilo llano y comprensible.

¡Que no me revelo como pensador! ¿Para qué? Primero, sé más que nadie que no lo soy, y, además, para estimular la voluntad de la juventud estudiosa (pues a ella se dirige el libro), ¿qué falta me hace a mí mostrarme filósofo? Fuera pedante e incongruente.

¿Es que se enfada porque no revelé yo allí ideas disolventes?

¡Pero hombre de Dios! ¿Cuándo ha visto usted que eso se pueda hacer en un discurso académico y ante compañeros, todos o casi todos fervientes católicos?

De proceder como usted desea, el discurso no se hubiera escrito o me lo habrían devuelto, y la cusa del nacionalismo nada habría ganado.

Usted no es español. Con un cinismo repugnante trató usted de eludir el servicio militar, mientras los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña. Y luego, enfermos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria, no con noveluchas burdas, locales, encomiadoras de condotieros y conspiradores vascos, sino luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.

Si yo fuera Gobierno, a los malos españoles como usted, que cifran su orgullo y tienen a fruición despremiar los prestigios de la raza española, los condenaría a penas de azotes y después a una desecación lenta, pero continua, en Costa de Oro. Creo que así nos dejarían en paz.

IV

(*Informaciones*, 29 de mayo de 1952, p. 1)

«Una polémica póstuma. “Yo no contesto a un señor que murió hace muchos años”, dice Baroja hablando de Cajal»

En los medios intelectuales está siendo objeto de viva discusión una carta publicada por la revista *Índice*, escrita por nuestro gran don Santiago Ramón y Cajal hace muchos años, y en la que se leen duras invectivas contra nuestro también grande don Pío Baroja. El ilustre profesor Laín Entralgo, rector de la universidad de Madrid, hizo alusión el sábado en un gran discurso a este escrito, lo cual ha motivado que el debate se ponga al rojo vivo. Dato curioso es que el único que en momento tan crítico conserva su sangre fría es el propio Baroja, al que hemos visitado esta mañana.

—Como no salgo ni frecuento tertulias ni leo periódicos, apenas si me había enterado de nada de eso que usted me cuenta.

—¿No piensa contestar?

—¿Cómo quiere usted que conteste ahora a un señor que murió hace dieciocho años? Dirían que abusaba, en vista de que el muerto no puede rebatirme.

–Sin embargo...

–Mire usted, a mí nunca me ha importado gran cosa que se metan conmigo ni los vivos ni los muertos. Me es igual. A lo único que aspiro ya es a tener una buena chimenea encendida en invierno y una ventana desde la que se vea un poco el verde del verano.

*El periódico *Informaciones* encabezaba la misiva con este largo escrito: «Hemos recibido una carta de la familia del gran hombre de ciencia español don Santiago Ramón y Cajal, con la que responden a un artículo publicado en *Informaciones* por nuestro ilustre colaborador Pío Baroja. Repetidas veces ha explicado *Informaciones* que sus colaboradores expresan sus propias opiniones de las que se hacen responsables con sus firmas, y nuestra Dirección sólo requiere unos límites del lenguaje y de buen gusto que, en otro caso, nunca fueron sobrepasados.

Informaciones, por otra parte, exaltó siempre la categoría y el sólido prestigio de Ramón y Cajal, mundialmente famoso y ganador para España de un Premio Nobel, y estimó que el artículo del gran escritor Pío Baroja se limitaba a definir desde su propio punto de vista la silueta humana del ilustre hombre de ciencia. El propio Ramón y Cajal no desdeñó ese mismo estilo directo y personal al juzgar algunos de sus contemporáneos en sus importantes libros literarios. Claro está que no puede ser el mismo punto de vista sobre una persona el que sustenten sus hijos que el que sustente otro gran hombre, contemporáneo suyo y dotado de una personalidad paralela, aunque en otra rama de la popularidad. En cualquier caso, no vacilamos en publicar el texto de la carta que se nos remite, como un homenaje más a la gloriosa figura histórica de Ramón y Cajal, por quien tanta admiración sentimos todos los españoles».

**El diario *Pueblo* introducía la carta con este párrafo: «Baroja, arbitrario e injusto, a veces, con sus contemporáneos –lo cual, por lo demás, suele ser achaque de grandes talentos–, aludió a los escritos de don Santiago con cierto o manifiesto desdén. Se refería don Pío, claro está, al valor literario o filosófico o simplemente de alta docencia de algunos libros de Cajal, de aquellos que escribió en los últimos años de su vida. Nosotros no estamos de acuerdo con don Pío, aunque le admiramos. Cajal tampoco, naturalmente. Pero las cuartillas donde don Santiago se defiende y ataca no son conocidas del lector español, por la sencilla razón de que permanecían inéditas hasta hoy. Aquí van las razones con que Ramón y Cajal replica a Baroja con violencia y acritud, dignas de las críticas acaso ligeras del escritor vasco. ¡Significativa y curiosa lección de hasta dónde puede llevar el choque de dos temperamentos y dos visiones del mundo y de las cosas...!». Fernández Santarén (2014: 607-608) registra esta carta, pero con alguna discrepancia en la distribución de párrafos: aparecen unidos los párrafos cuarto y quinto y sexto y séptimo.

Bibliografía citada

ARA TORRALBA, Juan Carlos (2002), «Pío Baroja. Impiedades textuales», en Juan Carlos Ara Torralba y José-Carlos Mainer (eds.), *Los textos del 98*, Valladolid, Universidad de Valladolid.

BAROJA, Pío (1973 [1911]), *El árbol de la ciencia*, Madrid, Car Raggio.

BAROJA, Pío (1982 [1944]), *Familia, infancia y juventud*, Madrid, Car Raggio.

BAROJA, Pío (1983 [1947]), *Galería de tipos de la época*, Madrid, Car Raggio.

BAROJA, Pío (1985 [1917]), *Juventud, egolatría*, Madrid, Car Raggio.

- BAROJA, Pío, (1998_a), *Obras completas XIII, ensayos I*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- BAROJA, Pío (1998_b), *Obras completas XIV, ensayos II*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- CALVO CARILLA, Luis (1998), *La cara oculta del 98*, Madrid, Cátedra.
- CÁNOVAS SÁNCHEZ, Francisco (2021), *Cajal*, Madrid, Alianza.
- CARO BAROJA, Julio (1986), *Los Baroja. Memorias familiares*. Madrid, Taurus.
- CELMA VALERO, María Pilar (1995), «¿Generación del 96, del 98 o Modernismo?», *Castilla*, n.º 20, pp. 47-54.
- COMTE, Auguste (1839), *Cours de philosophie positive*, vol. IV, Paris, Bachelier-Inprimeur-Librairie.
- FUSTER, Francisco (2014), *Baroja y España: un amor imposible*, Madrid, Fórcola.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel (1997), *Los cuentos de Pío Baroja. Creación, recepción y discurso*, Madrid, Pliegos.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel (2023), «Escritos de Pío Baroja en la prensa española desde el final de la Guerra Civil hasta 1955. Recuperación de los desconocidos», *Creneida. Anuario de literaturas hispánicas*, 11, pp. 361-388.
- GRANJEL, Luis S. (1973). *La generación del 98*, Salamanca, Anaya.
- LÓPEZ PIÑERO, José María (2006), *Santiago Ramón y Cajal*, Valencia, Universidad de Valencia.
- MARÍAS, Julián (1975), *Literatura y generaciones*, Madrid, Espasa Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, José (1923), «La idea de las generaciones», en *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 13-26.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1899), *Reglas y consejos sobre la investigación biológica*, Madrid, Imprenta Fortanet.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1917), *Recuerdos de mi vida, T. II. Historia de mi labor científica*, Imprenta y Librería de Nicolás Moya.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel (2021), *Pío Baroja, a escena. Una biografía a contrapelo*, Sevilla, Renacimiento.
- SHAW, Donald (1985), *La generación del 98*, Madrid, Cátedra.